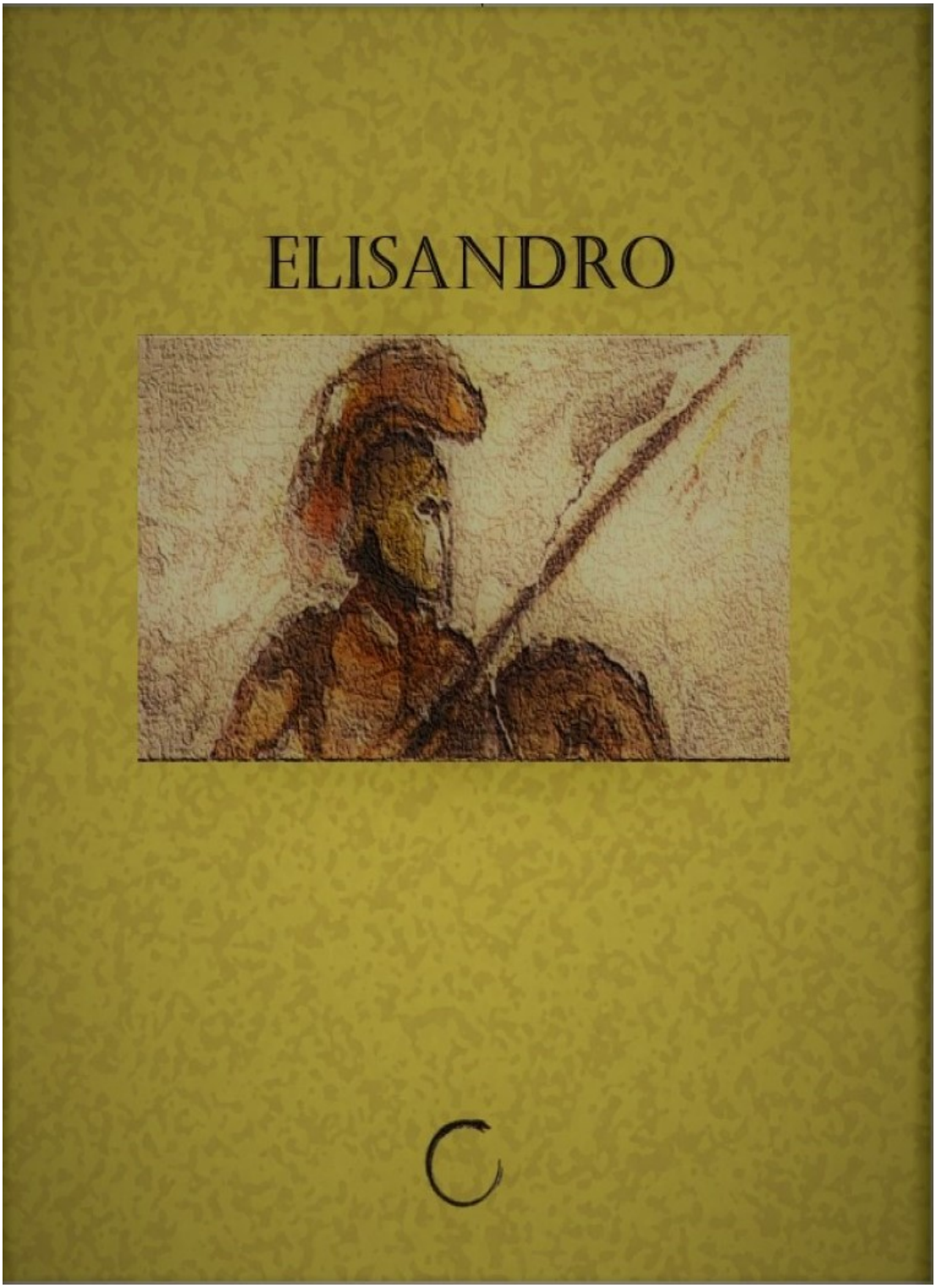
ELISANDRO

Sebastián Oyarzún Arancibia



Capítulo 1

-.I.-

El sol se elevó y pegó en la pequeña apertura que daba en el hogar de Elisandro. Un pequeño bulto se quejaba mientras el sol atravesaba con sus lanzas el residuo de oscuridad. El gallo cacareó por segunda vez y el chico se estremeció. La habitación de adobe con divisiones hechas de telas baratas comenzó a agitarse. La madre muy apresurada, con un dolor en el pecho, entró a despertar a sus hijos. Las niñas esperaban desde la mañana a los varones sentadas en un rincón de la zona central de la casa. Al centro de la casa una fogata que nunca debía apagarse. El fogonero pasaba todas las mañanas con el fuego extraído de la "ciudadela de los dioses". Elisandro observaba como la llama se encendía con más fuerzas. Crispaban las llamas de aquí a allá. En la puerta un soldado enorme de casi dos metros se agazapó para entrar por la pequeña puerta. Se inclinó ante la madre, quien repentinamente se lanzó al suelo y acarició las grebas del hombre de talante desdeñoso. La madre se levantó y corrió hacia Elisandro dejando entre sus manos un par de dados, cuyo destino fue a caer en un bolsillo de cuero en el vulgar amarre que tenía su ropaje. El cuero de animal que cubría su pecho y la extensión de este hacia sus muslos dejaba poco a la imaginación, ya que sus partes íntimas se dejaban mostrar. Los soldados que recién entraban se reían a carcajadas. Sin embargo, el soldado más alto se inclinó ante el niño, quien miraba avergonzado el actuar de los guerreros, acercó sus enormes brazos y desnudó al chico. Se sacó la coraza y la túnica que lo protegía. Y desnudo, frente a todos los presentes se levantó como un dios. Anonadados todos por el físico preguntó: ¿Ahora, les gustaría reírse? Enseguida los hombres corrieron por una túnica y un cinturón de cuero para el menor. Elisandro se sentía como un mancebo, no hallaba como agradecer al hombre tanto regalo, pero su felicidad y asombro no terminó ahí. El soldado le pidió los pies para colocarle las primeras crépidas hechas de cuero. Se sentía todo un héroe. Al finalizar, recogió con disimulo la bolsa con los dados de su madre.

Al salir de la casa, con 12 años, vio por encima del hombro como sus hermanas y madre se despedían. El guerrero lo llevó hasta la carreta y puso en los brazos del pequeño unos brazaletes pesadísimos y agregó más peso en la espalda de Elisandro. En las piernas agregaron unas grebas de bronce. Se entristeció al ver que no tenían ningún adorno, eran lisas y llanas. Caminando se dio cuenta que en cada hogar esperaban al guerrero enorme. Lo saludaban con clamor y en algunos lugares solo se encontraba con los sollozos de las madres. La fila de niños pertenecientes al grupo etario de Elisandro fue creciendo. De pronto el sol ya pegaba con más fuerza y las sombras perdían espesor. Los solados cerraron el circulo

que rodeaba la carreta arrastrada por un mulo. Los soldados lanzaron un bramido y cubrieron con sus escudos el perímetro. Se sentía el miedo entre los que iban en la fila. Los niños sentían que había llegado su momento. Entendían la situación, el maldito ritual. No obstante, Elisandro pensaba que era un honor ser parte de este proceso. Se había entrenado en secreto. Era muy diestro con la lanza. Podía cazar libres y pescar con facilidad. De pronto, el cansancio y la sed lo hizo descender al suelo, toda la fila se vio comprometida. En el instante un soldado lo levantó y lo golpeó. Inmediatamente, el guerrero, quien llevaba un cetro se interpuso entre estos. El imponente tamaño sirvió para amedrentar el valor que extrañamente se infundió en el soldado que abusaba de su poder. En esta oportunidad cambió su actitud ufana a denodado y sagaz pregunta: "¿osas acaso contradecir a quien lleva la égida de los dioses?" El soldado cayó de rodillas y pidió perdón ante aquel superhombre que se imponía. Elisandro vio como crecía en espíritu, pudo observar cómo se acentuó el tamaño de su alma por arte de magia. Ofrecieron agua al pequeño, quien se levantó brioso. Un ave pasó chillando y la luz se vio interrumpida por la sombra de una nube. Los ojos del muchacho se instalaron en la carreta. La congoja le abrazó el corazón al ver que arriba de la carreta arrastrada por un mulo se veían chicos con armaduras, grebas, tahalís, espadas, grandes lanzas y escudos de 3 a 4 cueros de espesor.

Las lágrimas recorrieron el rostro del pequeño Elisandro, quien comenzó a temer al recordar las historias que le narraba su padre. Héroes de otros tiempos podían contra cualquier armamento, ¿pero él?, era nadie. Su padre, hacía trabajos variados para quienes vivían en la ciudadela de oro. Los había visto, eran niños con más recursos los que aventajaban en posición y armamento. Un grito enmudecido por el destino cruel que se posaba en su espalda. De pronto, dio cuenta de una leve ventaja, la luz del sol superó la nube que entorpecía su camino y como el soldado más hábil se abría camino hacia las grebas que llevaba Elisandro. Observó a su alrededor y todos demás niños vestían la ropa usual, el guerrero de la égida había visto algo en él. Tuvo una visión, se sintió protegido, se sintió especial. Se abrieron las puertas de la ciudadela de bronce, en donde vivía Elisandro, y comenzaron a caminar por los vastas viñas y sectores de recolección de fruta y verdura. Las caras de los campesinos, quienes vestían con grandes túnicas sucias y cueros color ocre, veían con algo de rencor a los soldados que pedían de forma poco amigable a los niños. De pronto, el llanto de Elisandro se calmó dio un suspiro al ver a Kuririn. Los ojos de Elisandro buscaron la mirada del vástago moreno que se escondía detrás del peplo de su madre campesina. El corazón de Elisandro comenzó a agitarse, quería ver la cara de alguien conocido partiendo junto a él a cumplir su destino. Lamentablemente, no era el mayor de los hijos, no era la opción. La madre apuntó hacía el campo llano donde se encontraba labrando un joven con torso desnudo. Al ver a los soldados el hermano mayor de Kuririn corrió lo más rápido que pudo. Detrás el guerrero de dos metros apretó el paso y multiplicando la velocidad dio caza al joven. Como el león que corre detrás de la gacela y

está, aunque movió las piernas a la máxima velocidad que pudo, malogro su carrera. Con la intensidad y la furia del flamante cabecilla, el guerrero de dos metros, lo botó con un empujón mientras corría raudo por el campo. El joven Jumín se levantó algo aturdido y de su taparrabo extrajo un pequeño cuchillo. Con temeridad intentó una y otra vez darle entre armadura y el tahalí, en donde se encuentra el diafragma, pero este se movía rápido. Esquivó hasta el tercer embiste y luego, con la mano desnuda tomó el cuchillo por el filo y lo lanzó lejos. El joven miró al gran hombre y corrió despavorido. Los ojos de Elisandro se iluminaron al ver nuevamente como el alma del sujeto se alzaba sobre la sombra el cuerpo de Jumín, quien daba tropiezos al tratar de huir. Los soldados cercaron la línea de huida de Jumín. Otro soldado, menos provisto de armamento corrió con la lanza hacia el guerrero, quien observaba como se alejaba Jumín por el campo. A pesar de dar brincos de un lado a otro, la lanza con una fuerza increíble dio con su cuerpo. Jumín yacía en la tierra. Los ojos de todos los niños se nublaron, el cruel destino estaba fijado en esa lanza que fue a recuperar el mancebo con túnicas ligeras. Como un perro de caza buscó el taparrabo y la lanza. El cuerpo desnudo fue entregado a la madre a la velocidad de un rayo. Ese joven corredor era el más veloz que jamás se había visto. Su talante era sumiso, pero en su mirada había furia y ganas de luchar. Kuririn fue entregado por la madre en compensación por la afrenta hecha por Jumín. Con gran pena, la mujer recogió el cuerpo. Sus ojos se tornaron brillosos. Sin embargo, el corazón le latía fuerte, se podía oír el lamento. Estática y taciturna nunca mostró ningún atisbo de lágrimas. El corazón de Elisandro se estremeció como un hombre al ver a su héroe sufrir en una obra.

El sol estaba por pasar su punto más culmine. El sollozo y la micción, que dejaban los jóvenes por el miedo latente, dejaban huella. En las afueras de toda ciudad, se cerraron las últimas puertas. Detrás de los moceríos sonó fuerte el cierre de la protección. Los pequeños soldados con armaduras, presentes de sus padres, se bajaron para estirarse luego del poco esfuerzo que hicieron para llegar al lugar. Los últimos pasos se dieron para llegar a una plataforma que yacía al costado del mar. El guerrero hizo que las tropas cercaran la plataforma, para que no huyesen los niños hacia la ciudad. Al otro lado el imponente mar que bramaba y exigía la sangre de los jóvenes. Los niños de la “ciudadela de oro” se dispusieron dando la espalda al mar.

Daban brincos y tomaban sus lanzas con muchas ganas. Para ellos esto era como cazar. Los niños campesinos y los de la ciudadela de bronce se estremecían comenzaban a correr de un lado a otro. El ejército más preparado con armaduras hizo volar las lanzas. Los cuerpos de los niños comenzaron a caer, los que corrían hacía la ciudad eran atravesados

por las lanzas de los soldados. Entretanto, Elisandro y Kuririn, danzaban a una velocidad indescriptible. La mayoría de los niños armados sacaron sus espadas y se agruparon para ir en bloque a recuperar sus lanzas clavadas en los cuerpos. El resto, quienes solo disponían de lanzas, por su torpeza y su talante desdeñoso tuvieron que salir del bloque y buscar sus lanzas, únicas armas. En ese momento Elisandro, dotado de un extraño calor en su pecho, gritó una orden que fue enseguida escuchada por los demás: "Apropiémonos de las armas de quienes se acerquen" Kuririn, que era más pequeño, se escabulló entre los cuerpos con desesperación buscando armas más ligeras. En su estado de ansiedad y profundo horror, cumplía a cabalidad las órdenes de Elisandro. Todos los sobrevivientes se acercaron al muchacho que crecía en espíritu. Como un escudo humano se distribuyeron uno a uno, como las ovejas al pacer, sacaron las lanzas y volvían a su grupo. Todos retrocedieron al ver los escudos de torre y rodelas que poseían los niños de la ciudadela de oro. Kuririn con gran empeño amontonó los cuchillos y los dejó cerca del ejército de adultos que los hacía prisioneros. Al ver tal organización los bisoños soldados que se precipitaron a lanzar sus únicas armas retrocedieron en masa hacía los armados jóvenes nobles más armados. Solo recibieron ataques de kopis. El más astuto de los bisoños reconoció su error e hizo que los nobles desarmados retrocedieran nuevamente. El joven Telémacro reunió a todos los que poseían escudos y expresó su preocupación: "Es evidente que la torpeza cegó nuestro razonamiento y el de nuestros compañeros. No podemos ser caza de estas hienas. Sobre todo, de él, y me pesa el corazón, amigo de familia: Túcides" dijo apuntando al niño que levantaba su kopis. Túcides, de casco tremolante, movía su escudo en el cual salía un mancebo corriendo. Su escudo había sido otorgado un año atrás, al ganar una competición en la casa sagrada. Era un escudo grande y difícil de atravesar, tenía por lo menos tres a cuatro capas de cuero reforzando una lámina de bronce gruesa. Su casco estilaba un alto penacho de crines negros de caballo. Su hermosa armadura, algo ligera para una guerra, brillaba como un astro.

Mientras sucedía la reunión de Telémacro con su grupo de jóvenes nobles. Kuririn y Elisandro, un poco perdidos y desorientados, reunían a los mancebos y niños que aún se mantenían con miedo en el campo de batalla. Entre todos se dieron bríos y se dividieron el arsenal conseguido. Los ojos de los niños no podían mantenerse al ver tanto horror en las heridas de los moribundos. Se contaron y quedaban quince en pie. Elisandro, sintió que una mano acariciaba su oreja. Su elocuencia y vivacidad sorprendió a todos y resuelto dio algunas instrucciones. Telémacro se acercó al grupo y todos se estremecieron y apuntaron con lanzas al joven que se acercaba. Con toda honestidad se despojó del escudo, mientras los demás cubrían su espalda ante el movimiento del ejército de Túcides. Solo con miradas comprendieron que el destino los había transformado en aliados. Volvieron a repartir las armas y los escudos quedaron a disposición de Elisandro, quien de inmediato se puso delante de su ejército con Telémacro y Kuririn, cuya labor era dar gritos

para envalentonar al grupo. Decididos marcharon todos los escudos al frente y las lanzas. El guerrero cabecilla del grupo adulto se entusiasmó con aquella vuelta de tuercas ante tal drama que se condensaba frente a la playa. Quedaba poco tiempo y el sol se escondía detrás de las montañas del este. Los soldados que estaban en la plataforma apuntaron a las espaldas a los que estaban más atrás y cerraron el perímetro con un grito que estremeció los corazones de los pequeños. El momento de pelear se decidió al momento de sentir la punta de las lanzas en las espaldas, como un escalofrío los niños saltaron de terror y la confusión se hizo dueña del ambiente. Elisandro daba gritos desesperados y con su lanza se atrevió a dar con un noble que, a pesar de interponer el escudo, fue atravesado con tal fuerza hiriéndole el muslo. Las tropas inexpertas se estremecieron. El silencio reinó por un momento, pero la desesperación del enemigo no se hizo esperar y cayeron algunas lanzas, que fueron esquivadas por los nobles con algo de suerte. La lucha no cesó y la luz se fue perdiendo. El herido cayó llorando y dando golpes para que no lo despojaran de sus armas. Elisandro pisó la mano del joven y le quitó su kopis. Los niños nobles retrocedieron al ver como el ladrón se armaba de una coraza y un casco con crines azules. El hijo de Péloda, reconocido orador, había muerto en una batalla hecha para los hijos de los diplomáticos, nobles, oradores y capitanes. El guerrero, capitán del ejército de mayores, pensaba una y otra vez cómo explicaría este evento. La sonrisa de Elisandro se alzó ante todos y como un león corrió detrás del rebaño de jóvenes nobles que no podían dar con él. La kopis de otro joven, Milisteo, intentó darle en el casco, pero solo cortó parte de las crines que se ondeaban por el veloz movimiento de Elisandro, quien se agachó y preparo el contragolpe, con la kopis pasó por encima del cinturón de bronce del joven Milisteo, quien era hijo de un político de la ciudadela de oro. La sangre brotó y el suelo de piedra lució de escarlata. Kuririn sacó la lanza del cuerpo de Himanteo, hijo de Péloda, y se lo entregó a Elisandro. Telémacro se acercó con el escudo a empujar a quienes se atreviesen a atacar a su nuevo líder. Elisandro apuntó a Túcides, quien estaba matando a un par de niños campesinos que lo rodeador. Al ver la lanza, alcanzó a agazaparse y corrió hacia Elisandro, cuyo valor huyó y expuesto ante un león que se acerca a su presa, le temblaron las piernas y se dio a la fuga. De pronto Kuririn entró en combate y con el escudo del hijo de Péloda golpeó a Túcides y lo mandó lejos. Los doce guerreros de Elisandro lo rodearon. Entretanto, Túcides intentaba ordenar a los suyos dando bríos y gritos desesperados. Eran veinticinco contra doce niños inexpertos y con armas robadas. El capitán ordenó detener la batalla y ofreció unos aplausos. Levantó su voz y con talante fulgurante y discurso lúcido dijo: “He aquí que detengo la batalla y me quedo con los valientes para las futuras batallas. Los heridos serán devueltos a sus tierras y los demás vamos a la academia de guerra que serán condecorados según su posición en batalla. Para que todos sepan mi nombre es Antíon y serán desde aquí en adelante mis subordinados”

Los jóvenes se vieron obligados a realizar una pira con los muertos. Los sobrevivientes heridos fueron atendidos por Dámocles, un viejo soldado experto en suturas y brebajes para la sanación. El fuego comenzó a alimentarse de los muertos y los espíritus gritaban entre el espeso humo. El mar comenzó a limpiar la gran plataforma y limpió los rastrojos de sangre repartidos en ella. La carreta era un lío de sollozos y alaridos. Los nuevos soldados que caminaban detrás de la carreta no tenían el valor para levantar la cabeza. Las mujeres que se encontraban con el carromato buscan con desesperación a sus hijos. Las familias más pobres eran las primeras en saber si es que sus hijos aún vivían, al parecer tenían una pequeña ventaja. Los rostros devastados de las mujeres y hombres eran golpes para los mancebos que casi arrastraban los pies. Algunos campesinos los increpaban y lanzaban frutas podridas. Se abrieron las puertas de la "ciudadela de bronce". La gente corría de la misma manera. La madre de Elisandro se impresionó al verlo. La esplendida armadura, la lanza y el casco con crines azules. La hermana mayor, Heubeca, de Elisandro sonrió de una manera coqueta al verlo pasar con las armas de otro. En su corazón se encendió el espíritu del guerrero. La caminata fue larga hasta llegar a la segunda puerta. La gran "ciudadela de oro" que solo había escuchado en leyendas narradas por su padre, Erómaco. Al abrirse la puerta, Elisandro vio de reojo a un sujeto que venía saliendo de la ciudad. El sujeto estiró el cuello disimuladamente buscando a alguien. De la nada comenzó a llegar un grupo de personas a reconocer a los nuevos soldados. Sus ojos se nublaron por las lágrimas al dar cuenta que no todos los nobles volvían sanos y salvos. Algunos increparon al capitán, quien se sacó su casco y caminó al son de los alaridos de las mujeres nobles. Peplos manchados por el tinte en los ojos. Los jóvenes de la fila quedaron anonadados por la belleza de las mujeres, madres y familiares que recibían al grupo. Péloda se acercó con una familiaridad extraña a Elisandro. Cuando estuvo cerca cayó de rodillas y la familia dio un grito de horror. Péloda se levantó: "¡Tú!, ¡Traidor malparido!, ¿Quién eres para vestirte con la armadura de mi hijo Himanteo?" El cabecilla elevó su cetro, pero su espíritu no se elevó de tal forma como cuando lo hizo frente a un campesino. Péloda tomó de los hombros a Elisandro y lo sacudió con furia. "¡Déjalo!" Gritó con fuerzas Antíon, quien lo empujó hacia atrás. "La égida la llevo. ¿Acaso no la ves?". El cielo dejó caer una lluvia inmensa y el enorme soldado se veía aterrador bajo la oscura nube que triunfaba en el cielo. Péloda no tuvo otra opción de arrastrarse entre las pozas que se formaban bajo las columnas del edificio central. Los soldados continuaron su caminata y se refugiaron, al fin, en la academia. La estructura estaba compuesta por un patio enorme, más largo que la plaza de carreras, poseía habitáculos al fondo en sus edificios que interceptaban en la esquina. Todos tenían un espacio destinado una colcha de mimbre y algunos cueros para hacer menos duro el frío suelo. Elisandro dejó sus armas en el soporte y se abrigó lo más que pudo. El sueño aterrizó en sus ojos, quien soñó durante toda la noche la matanza, los rostros, las madres, los sollozos y el griterío

de las almas heridas y las que vuelven a la tierra.

Al día siguiente, el gallo cacareó una vez y la luz del sol pegó con fuerza sobre la pequeña apertura. El último sueño fue vertiginoso y excitante. La cara de una mujer morena, con una sonrisa enorme y con labios delgados. Algunas pecas hechas de barro y ojos oscuros a rabiar. Jadeaba el nombre de Elisandro una y otra vez. El rostro, envuelto en una extraña bruma, parecía transformarse en algo concreto. Una barbilla terminada en punta, los dientes blancos que contrastaban con el rostro. El pelo estaba tomado por una especie de amarre. El cuerpo de la mujer era esbelto, pechos casi pegados a la piel y unos brotes de pezones que se movían con el contoneo sensual. Un trasero que se movía arriba abajo. Elisandro no podía contener su alegría. La esperma fluyó por debajo del cuero y al querer revivir todo aquel sueño se encontró con la mano del guerrero, el cabecilla del ejército de adultos, Antíon, frotando sus partes. El cuerpo fibroso del hombre abrazaba el cuerpo del pequeño que se estremecía por la extraña sensación de admiración y repudio. El alba no tardaba en despertar a los cansados soldados que se ponían los tapabarros. Antíon, se levantó y se vistió con la túnica, para preparar a sus súbditos. Elisandro se sentía incómodo, superado en fuerza, su rostro se enrojeció de espesa rabia, pero sabía que aquello era casi un ritual.

Algunos soldados retirados, ya vetustos, se sentaron en las sillas dispuestas en el gran patio central de la academia. Mientras los jóvenes comían en silencio un engrudo sin gusto. Los ancianos se sentaron en diversas estaciones y comenzaron a nombrar a los diversos mancebos. El llamado fue para Elisandro que con las manos desnudas tenía que luchar contra Hétore. Fue una lucha fácil para Elisandro el cuerpo de Hétore era liviano y frágil. El siguiente de los soldados, que había que sacar de la plataforma fue Kuririn, quien con unas ansías empezó el combate. Los dos cuerpos se presionaban para sacarse. El cuerpo de Kuririn era liviano, pero se escabullía de forma jabonosa. No había como sacarlo, si se apartaba volvía a la carga. Desde el suelo con su cuerpo delgado se elevó como un toro que acornaba con su melena. Sus cejas peludas y su nariz prominente como un triángulo escaleno ofrecían un duelo de tauromaquia. Elisandro dio un salto atrás y decidió esperarlo en la orilla del círculo. De pronto, con fuerza inusitada, Kuririn asaltó el cuerpo de Elisandro que esperaba con ansías. La velocidad y la fuerza de novillo que embestía al artista fue desmedida y fuera del círculo cayó con furia en la tierra. Elisandro pasó a la siguiente fase, cuya misión era esquivar gran cantidad de lanzas. El soldado que explicó la prueba era el joven velocista, quien devolvió el cuerpo de Jumín a su madre. Todos los demás soldados se pusieron en línea y el velocista, llamado Heremes, corrió hasta una lejana esquina. Mientras se deslizaba por el campo abierto las lanzas cayeron a gran velocidad, ninguna de ellas pudo golpear a Heremes. Cuando estaba al otro extremo grito con entusiasmo a Elisandro para que llegase. Los soldados sacaron sus lanzas y Elisandro comenzó a correr en zigzag, dando pausas. Un extraño halo lo protegía,

las lanzas rozaban por centímetros. De un momento a otro, la sonrisa de Elisandro se apagó, una lanza de punta de bronce cayó rasgando parte de su piel del brazo derecho. El silencio se produjo y una maldición se escuchó entre los soldados mayores, que miraron buscando al malcriado que intentó matar a un hermano de la academia. Túcides yacía de pie con ojos de sorpresa al fallar el tiro. La rabia de Elisandro se sintió en todos lados. Sacó la lanza y de forma enhiesta la puso detrás de su espalda. Era su turno para devolver la afrenta. Heremes se percató y corrió lo más rápido que pudo para calmar la funesta decisión de Elisandro. Con la mano alcanzó a rozar la espalda del atacante y rescató por centímetros a Túcides quien solo dio un brinco hacia adelante antes de recibir feroz lanzazo. Heremes corrió nuevamente y se puso al frente de Túcides que se proponía a derribar a toda costa a Elisandro. De pronto Heremes, con rapidez apareció entre Túcides y el arma, se la quitó y lo derribó apuntando la lanza cerca de la garganta. "Esto se acaba aquí" le dijo con seriedad el velocista. Acto seguido, volvió a la línea junto a Elisandro, quien debía ponerse a prueba otra vez. El enfado de Túcides le obligó a quedarse en el suelo golpeando la tierra y refunfuñando hacía el cielo. Al alzar la vista, observó con detención como Elisandro esquivaba las lanzas hasta que, casi al llegar a la línea final, lo golpeó una lanza con fuerza en la cabeza. Las lanzas dejaban aturdido a los guerreros que no atinaban a hacerle el quite. Kuririn, que estaba dentro de la tríada del entrenamiento de Elisandro, fue convocado a la prueba de velocista luego de ganar la lucha a Hétore. Al finalizar el día, el campesino hermano de Jumín fue galardonado como el segundo más rápido después de Heremes.

Las luchas duraban toda la mañana y durante la tarde, cuando el sol pasaba con su carro por el cenit hasta esconderse en su palacio real, eran los juegos de velocistas. Sin embargo, el triunfo sincero de cada uno de los integrantes del trío debía ocurrir imperiosamente. Los juegos eran observados por ancianos aplicados a las reglas. Olfateaban la trampa.

El trío de soldados debía pasar las pruebas Elisandro y Hétore no podía pasar la prueba de velocista. Cada semana que pasaba el alimento escaseaba, el "ritual de la superación" tenía como máxima obligar al trío seleccionado pasar las pruebas como grupo, sino debían pasar por hambruna. En una deliberación y orden levantada por los ancianos, la ración de Hétore fue seleccionada por, con el fin de obligarlos a pensar en una solución. Hétore estaba desgarbado, su ánimo comenzó a decaer. Kuririn decidió darle parte de la ración y entrenarlo para pasar las pruebas de velocistas. Elisandro no quería dar su brazo a torcer y quería que Hétore aprendiese por las suyas, sin ayuda, creía que el honor del soldado se ganaba en combate sincero.

La mañana traía consigo el fresco viento de las montañas, el aire frío se hacía denso en los pulmones de Hétore. Con todas sus fuerzas comenzó su carrera, intentado no desfallecer. Saltaba de un lado a otro

esquivando las lanzas arrojadas por Kuririn. Mas el ejercicio no resultaba prospero, puesto que superar a solo una lanza por intervalos de segundos era mucho menos que esquivar más de doce. Telémacro entrenaba todas las mañanas junto a sus dos compañeros. Su mirada se anclaba en las acciones de Kuririn, quien entrenaba a Hétore. Le sorprendía el corazón de Kuririn, quien empezó a debilitarse lentamente. Desde lejos miraba como repartía la ración de alimento con Hétore. Veía en su cuerpo un extraño espíritu benefactor, era como el abrigo de una diosa su extraña preocupación por el otro joven. Una mañana se acercó a Kuririn y tomó un grupo de lanzas, arrojó con todas sus fuerzas contra Hétore que corría derecho hacia la meta. La trayectoria, que dio el arma, dio un testarazo a Hétore, cuyo cuerpo se desplomó en el suelo. Tuvieron que arrastrarlo hasta el fondo de la línea y darle algo de agua. Mas se levantó, pidió y suplicó abrazando las piernas del noble una nueva oportunidad. Las flechas del carro del sol despuntaron sobre la colina. El tiempo del entrenamiento extra se había terminado.

Kuririn falló en la prueba del velocista, lo que preocupó de inmediato a Elisandro. Los dos compañeros corrieron a levantarlo. La arena manchaba el joven cuerpo. Las semanas no habían pasado en vano y las raciones se hacían cada vez menos y los soldados vecinos comenzaban a moverse para robar los alimentos. La desesperación conllevó a riñas. Telémacro, en vista de la situación, habló con su grupo: “Debemos aliarnos con Elisandro, porque ellos han compartido de manera distinta las raciones quedando con mayor posibilidad de vida que nosotros”. La perspectiva de Telémacro se basaba en la justicia, pensaba en un mundo donde los hombres fuesen libres y tuviesen las mismas oportunidades. Sabía que tenía que ir contra lo establecido. Su rostro era más bien rectangular, sus ojos negros, labios sobresalientes, una barba incipiente, pelo hirsuto, pero algo pegado al cuero. En ese momento, se irguió como un líder frente a sus compañeros. Un aire de elocuencia lo rodeo, los ojos de Erinia y Ulises, quienes eran parte de la tríada de Telémacro, se iluminaron y se encaminaron al abrigo de la habitación donde cenaban con su última ración. Sacaron una crátera, vieja y sucia, de un baúl que traía consigo Telémacro. Recordó que su padre le había dicho: “Siempre hay algún alma bondadosa que se apiada del resto, pero más vale que lleves un regalo contigo. Tengo algunos permisos para llevar a mi hijo mayor un presente que dejaré en tu pequeño espacio”. Hasta el momento no se le había imaginado la importancia del regalo hecho por su padre. Decididos se encaminaron ante la habitación de Elisandro y compañía. Erinia y Ulises llevaron la crátera hacia los pies de Elisandro, quien se sorprendió al ver al mancebo que los había ayudado. Elisandro rechazó de inmediato la alianza, comprendiendo la insinuación. Su corazón estaba lleno de ira. En los ojos de Elisandro se veía la desesperación, el hambre y la dualidad de sus principios. Telémacro se arrastró hasta Kuririn y besó los pies de éste. Este se compadeció y ofreció su ración de pan y cereales molidos en un pequeño plato. Los demás comenzaron a comer lentamente, cerraban los ojos agradeciendo

la bendición del alimento. Telémacro le habló así a Elisandro: “Sé que eres más pequeño que yo y en fuerzas puedo vencerte, pero algo me dice que alguna diosa va tras tuyo. Algo en ti me ha demostrado que desde la “ciudadela de los dioses” te han encomendado a algo. Yo te seguiré hasta la muerte. Debemos aliarnos y hacernos fuertes para mañana. Esta es la última cena.” El corazón de los demás quedó compungido por la situación, la fragilidad de su estar y, por extrañas razones, Elisandro dejó la terquedad y aceptó. Su espíritu movedizo entre la duda y la certeza se sintió motivado por la alianza, sabía que estaba ganando un gran amigo en esta suerte de infierno. Volvió a sentir las manos de aquella mujer sensual que semanas atrás apareció. El sueño alcanzó a los mancebos que se durmieron a la orden de la oscuridad. Elisandro durmiendo junto a la presencia que frotaba su cuerpo en su espalda.

Al día siguiente, el gallo cantó y Elisandro salió a recibir la última ración para el grupo. De un momento a otro, su mente comenzó a ligar ciertos eventos y mientras caminaba hacía la habitación dio cuenta de que Kuririn y Hétore se preparaban para salir a entrenar en la mañana. Elisandro se sintió iluminado y corrió a reprocharlos. Su argumento fue justo. La idea era mantenerse tranquilos en la habitación. Sintió que su cabeza estaba clara. Sentía el regocijo de quien lava su cabello con agua fresca y reinicia su larga caminata. Sacó un kopis y se encaminó al hijo de un noble que llevaba su última ración. Elisandro comenzó a correr detrás del noble, quien corrió a refugiarse recordando lo fiero del soldado en batalla. Entró raudo y avisó a los otros dos, sus compañeros de tríada. Apuntaron sus armas inhiestas. De pronto, el techo comenzó a crujir y una sombra pasó veloz entre unas cráteras y olpes de los nobles, que se encontraban al fondo de la habitación. Y robando una, atravesó esquivando los cuerpos y las armas. Su cuerpo se deslizó como el de una gacela entre las ramas de la selva. Corrió hasta la salida, se dirigió con gran velocidad mientras los otros esperaban en completa calma alrededor de las brasas de la fogata que aun humeaban. Tomaron del vino de la crátera de Telémacro y celebraron con una minúscula ración. Antes de partir a las pruebas abrieron el olpe. Abrieron el fino cuello que permitía extraer una pequeña cantidad para cada uno. La sustancia que ahí reposaba era dulce y brindó una energía extraña al grupo, los músculos briosos a superar la carrera y la lucha. Los dos tríos se abrazaron y se encaminaron a superar las pruebas.

El anciano se sentó en la primera estación de pruebas. Observó a los adolescentes y sonrió de forma extraña. Se sentía en el ambiente la confianza de los jóvenes guerreros. Elisandro se dispuso en el círculo, su espíritu se extendió e hizo temblar a Hérote, quien con algo de ganas se abalanzó contra su contendor. Los cuerpos chocaron y los pies de ambos se enterraron por la colisión. Ambos presionaron hasta que uno cedió de forma estratégica, el cuerpo de Hérote dio con el suelo y rápidamente fue arrastrado por Elisandro. De pronto, quien estaba en el suelo dio cuenta que lo sacaban del círculo, recogió la pierna con una fuerza descomunal y ofreció una patada a Elisandro, cuyo cuerpo resistió con gran fortaleza el

embiste. Hérote se agarró de la tierra e intentó reincorporarse, mas no pudo y fue a volar fuera del círculo. Elisandro estaba emocionado. Entró sin aviso Kuririn, quien levantó los brazos en extraña posición y corrió contra Elisandro cuyo cuerpo se inclinó a recibir al valiente. El pequeño se agachó un poco más y dio con la parte baja de Elisandro. El suelo abrazó a Elisandro, su mirada se impregnó de cielo azul. La furia del sujeto le dio un vigor sin igual y su fuerza se volcó horrenda. Emitía una especie de energía que obligó a retroceder a Kuririn. El chico tragó saliva y sonrió como si estuviese disfrutando ese sentimiento de miedo frente a un luchador más imponente que él. Sabía muy bien que el chico con tez trigueña, ojos cafés, con pelo enmarañado y cara con dura en ciertos perfiles era un enviado de los dioses. Mas no se amedrentaba. Era su momento: un ser como él podría tener la oportunidad de sufrir infortunios, pero luchando a la par con los elegidos por los dioses. Rápidamente se abalanzó al lado derecho y pasando por debajo del brazo intentó botar al recién incorporado Elisandro. Aquel movimiento fue la perdición, el brazo levantó con fuerzas al cuerpo de Kuririn quien salió de la plataforma impulsado por una energía superior. Hétore se reincorporó y Elisandro fue empujado con fuerzas hacia la línea, este se agazapó para resistir el segundo embiste, mas no sintió otro. Al observar que Hétore reunía fuerzas para acometer con otro golpe. El grito de Elisandro y su brazo abierto lo lanzó fuera de la plataforma. Kuririn con su gran velocidad se acometió contra las piernas de Elisandro, quien ya sumaba tres contadores a su favor. Cayó al suelo por el choque, y con una fuerza inusitada abrazó a Kuririn y lo levantó con los brazos. El cuerpo salió proyectado como una gran piedra. Hétore sin miedo alguno, se abalanzó y colisionó contra Elisandro, quien perdió el equilibrio y en cuclillas quedó fuera del círculo. Kuririn entró nuevamente y se confrontó con Hétore. La gran velocidad y el juego de piernas le ofreció la oportunidad del triunfo. Elisandro volvió con más ansias, primera vez que sentía orgullo por sus compañeros.

Elisandro ganó las tres participaciones con gran tenacidad. En cambio, Kuririn y Hétore les costó algo más. Kuririn, a pesar de todo, estuvo por encima de los competidores en la carrera esquivando las lanzas y alcanzó el tiempo y la marca del gran Heremes, quien sorprendido le otorgó un valioso arco, un carcaj, dos crépidas con un refuerzo de bronce y una armadura con figuras de bronce con rostro de tigres en las tetillas. Aparte, le otorgaron a Hétore un gran escudo hermoso tigre al centro y dos cascos livianos sin crines. Con suerte se llevó el gran escudo, pero lo arrastró con gran felicidad. El anciano lo condecoró con el nombre de Hétore “Quien se levanta dos veces”. Hétore regaló un casco a Kuririn, quien se lo agradeció sonriendo. Se abrazaron con gran fervor. Ya terminada la ceremonia, caminaron hasta la habitación y Elisandro, con lágrimas en los ojos, se acercó a Hétore y le ofreció quedarse con las armaduras ganadas en la primera batalla. Hétore estaba

armado con una lanza, una kopis, un casco sin crines y armadura.

Antíon los esperaba en la puerta y entregó un escudo y una coraza a Elisandro, quien solo poseía un casco de crines azules. En la coraza aparecía un tigre al centro del pecho. Luego, los hizo avanzar hacia una gran estructura. Los jóvenes se maravillaron ante un camino completamente rodeado por columnas. Era un pasillo largo y estrecho. Saliendo de las habitaciones y la gran academia, existían una gran laguna rodeada por hermosos árboles. El pasto relucía su color verdoso y se sentía una brisa agradable en todo sitio. Al finalizar el pasillo entraron en un palacio enorme. En las partes superiores observaban las pinturas. Al centro del palacio había una enorme estatua de bronce de un hombre corpulento que miraba el cielo con fiereza. En las esquinas estaban los otros grupos sentados esperando las órdenes. Antíon detuvo a Elisandro, una extraña sensación de rabia recorrió su cuerpo. El soldado le entregó una hermosa kopis con un pomo de tigre, figura que representaba al grupo. El abrazó fue algo incómodo. En silencio el hombre se retiró y el trío comenzó a ubicar a los demás jóvenes, quienes habían pasado la prueba. Buscaron con desesperación a Telémacro, quien después de dos horas atravesó la puerta junto a sus compañeros: Erinia y Ulises. Su grupo venía armado con figuras de lobos, sus armas eran más livianas y, por lo tanto, con menos representaciones. De pronto, al frente de ellos apareció un grupo de mujeres hermosas que comenzaron a empujar a los mancebos a grandes habitaciones. Baños totalmente humeantes y unas caricias por doquier. Elisandro se dejó llevar por una mujer que le parecía bastante conocida. Observaba esa sonrisa con un diente sobrepuesto. Al verla desnuda dio cuenta que era la misma mujer con la que había intimado en sueños. Fue separado de su grupo y ante aquella belleza se dejó seducir, se lanzó al agua y terminó disfrutando del vapor que expelía aquella tinaja.

El amor que sintió Elisandro, lo hizo aterrizar en un sueño profundo de placer y lujuria. No podía dejar de sentir placer. De pronto sintió el vacío en su corazón y la ausencia de la mujer lo hizo perder total esperanzas. Se sintió frágil y observó como el cielo se iluminaba. Precisó encontrar, entre las miles de luces que se encontraban en el cielo, a aquella que le dio tanta felicidad durante el ocaso. Sonaron unos pasos en la cerámica de la habitación y apareció Antíon, quien se sentó tomó de los brazos al mancebo y lo sentó en sus piernas. Se acercó a la oreja y comenzó a hablarle: “Los dioses te eligieron pequeño Elisandro. A mi no me parece, porque estabas destinado a ser mío. Las manos del soldado acariciaban los muslos del mancebo que no despegaba su vista del cielo. Siguió hablando Antíon: “¿Y quién era esa mujer que te hizo desaparearte de mí?, o ¿Eras tu solo, acaso? Dime: ¿Dónde fuiste?, ¿Con quién estabas?, ¿Sabes, acaso, reconocer a las diosas? Ahora te irás sin decir nada y sollozarás niño fementido. No tendrás mi protección y te las verás fuera de la ciudad.” Al terminar de hablar el hombre aprovechó su fortaleza y abuso de Elisandro. En su rostro corrieron lágrimas. Al

despuntar la primera luz del carro del sol, el chico tuvo que lavar nuevamente su cuerpo. No se sentía sucio, pero odiaba el orden de las cosas de los sucesos, se sentía descompensado. Entendía la costumbre, las reglas del entrenamiento y si eras elegido entre muchos jóvenes, se debía acatar el amor del maestro. Elisandro lavó una y otra vez su cara y se encaminó al centro del palacio para reunirse con su grupo. Las mujeres se despidieron con pañuelos y danzaron con encanto. Los ojos de Elisandro buscaron la despedida de aquella mujer de ensueño, pero esta no apareció. Mas su desesperación se aplacó, Kuririn, le dio la fortaleza para afrontar la tragedia. La sonrisa de estar entre amigos lo revitalizó. Las mujeres besaban por última vez a los posibles padres de sus hijos. Toda etapa era una ceremonia y seguía un patrón. Las puertas de la estructura se abrieron y apareció frente a ellos una escalera enorme. Las piedras recostadas poseían un alto de medio metro y un largo de cuatro. Cada una se superponía de la otra. Al final del camino se veía una enorme estancia de mármol, pero la distancia no permitía ver la dimensión. Las montañas se erguían imponentes. Subir esas escarpadas y agrestes moles de piedra parecía imposible. Al pasar el gran pórtico le eran entregadas capas enormes y pesadas a todos los jóvenes viajeros. Elisandro y Telémacro se reunieron antes con sus aliados y decidieron subir lentamente los peldaños y descansar en las altos estaciones que se veían a lo lejos. El anciano que repartía las cosas ofreció de todo para el viaje y dijo: “Sin cesar equivale a dos días. Con descanso equivale a tres a cuatro días”. Los treinta soldados, diez grupos, caminaron a recoger algunas cosas. El agua y algunos cereales, frutas, reses secas y comenzaron a correr y a subir las escaleras con desesperación. Telémacro dispuso un orden y pensó en lo necesario. Las lanzas y las armaduras las dejaron a un lado. Distribuyeron el peso y llevaron mantas cada uno llevaba lo justo. Dispusieron las grandes capas como bultos en las espaldas. Subieron a paso lento. Antes eso sí, le preguntaron al anciano sobre las estaciones y el respondió: “Son doce descansos y me impresiona que jóvenes como ustedes sean los primeros en preguntar. Les advertiré algo: el camino es agreste, animales y espíritus son los que dominan la zona. En tiempos pasados, los cíclopes usaban estas grandes escaleras para llegar a los dioses y pedir favores. Hoy las puertas de la ciudadela están cerradas, por lo tanto, su entrenamiento lo cumplirán en la zona más alta a los pies de la antigua entrada de los dioses”. El viejo se despidió de una manera cortés. Túcides escuchaba atentamente y simulaba escoger los suministros. Después de mirar con atención las acciones de Elisandro. Recurrió a la misma estrategia y le pidió a Hedoto y Gramicles, sus compañeros, que siguieran sus órdenes. Guardaron sus armas de león y siguieron a sus rivales.

Al llegar a la primera estación descubrieron que el camino era largo y extenuante. Miraron de reojo hacia el inicio y apenas veían el pórtico. Un frio recorrió sus espaldas y decidieron reunirse en un círculo para descansar un momento. Instalaron una especie de tienda con las capas y lanzas y entre todos encontraron el abrigo ante la fría noche. Al

despuntar las primeras flechas del sol comieron una mezcla de cereales y algo de la sustancia que quedaba en el olpe. Entre todos se dieron ánimos y comenzaron su viaje nuevamente. Las escaleras empezaron a estrechar y el apremio por llegar a la siguiente estación les agitó el corazón. Más atrás venía Túcides, quien se sorprendía por la velocidad del grupo que los superaba en distancia. De pronto, la respiración jugó en contra y los sujetos comenzaron a jadear más rápido. La estructura se veía cada vez más lejos. Sin detenerse la luna se posó con mayor premura. El tiempo se estaba haciendo cada vez más corto y, a pesar de sentir que recorrían más trecho que el día anterior, seguían más cerca del pórtico que de la meta. No se hablaron, comieron y al terminar dieron cuenta que el sol despuntaba otra vez. El tercer día comenzó y la escalera está vez era aún más estrecha. La estructura, la meta, la entrada de la ciudad de los dioses se alejaba. Tomaron rápidamente la mezcla de cereales y con mucha energía comenzaron a subir. Al llegar a la cuarta estación vieron esqueletos por todos lados. Hérote se asustó y quiso retroceder. Se sintió abrumado por la muerte. La escalera se transformó en una hilera de rocas que se arrimaban a la montaña. Al fondo se veía el vacío, lo hondo y lo profundo se mezclaba frente a sus ojos. Elisandro decidió llegar a la otra estación antes de que el sol pasase por el cenit. Sin embargo, todo fue en vano, la luna comenzaba a salir y la noche invadía con su oscuridad el paraje. Armaron las tiendas con gran desilusión. Kuririn, muy callado, comenzó a refunfuñar y hablar en voz baja. Telémacro le preguntó "¿Qué te sucede pequeño? ¿Estás delirando?" Kuririn lo miro fijamente y le dijo: "Creo que no estamos seguros sin fuego. Debemos hacer fuego. Respetemos a los dioses y rompamos algunas lanzas, ya que mañana tenemos que llevar lo justo y lo necesario para pasar por la hilera de piedras" siguió murmurando. Ulises y Erinia comenzaron a quebrar las lanzas y reunieron piedras para proteger el fuego dentro de la tienda improvisada. Dispusieron así un círculo de tiendas y una hoguera. Con la fuerza de las piedras y mucha paciencia el fuego iluminó el centro de la carpa. Todos se arroparon con lo necesario y consiguieron entrar en calor. Kuririn estaba temblando y el frio caló hondo en sus miembros. Afuera de la tienda alguien gritó y Elisandro salió ante aquel ruido que irrumpió su preocupación por su amigo. Entró en estado deplorable el grupo de Túcides. Elisandro sacó su Kopis y levantó la cabeza del moribundo, colocó el arma en la garganta y preguntó: "¿Quieres morir acaso?" Gramicles, uno de los acompañantes de Túcides, entró y abrazó las rodillas de Elisandro. La súplica logró enternecer el corazón de Elisandro y dejó libre a los sujetos. Tomaron posesión de los objetos que llevaban e instalaron un soporte más para la tienda. Los nueve mancebos se abrigaron ante una noche cruenta que incluso apagó el fuego. Entre todos rehicieron la carpa intentado, esta vez, sostenerlas con piedras. Derribaron dos árboles que adornaban la estación. Eran enormes y alimentaron una pira mucho más grande. Kuririn yacía en el suelo y con los ojos totalmente cerrados. La noche levantó consigo una luna completa, enorme. Los mancebos se conturbaron por el impresionante tamaño de la luna. Kuririn dijo en voz baja: "El astro nos indica que sigamos". Telémacro con rabia apuntó al

lugar de la hilera y preguntó: “Tus presagios son errados no ves como el terreno se nos vuelve más difícil” y con gran enojo levantaba las manos apuntando lo que antes era un estrecho o minúsculo camino. Ahora era una escalera. Elisandro Distribuyó lo necesario y caminó hacia la escalera para comprobar si era real. Dio la vuelta y tomó a Kuririn en andas y comenzó a caminar. Túcides dijo: “Ahora te llevas a los muertos. Él no puede sobrevivir es visible. Déjalo aquí”. Mas no lo escuchó y Elisandro siguió su camino adelante. Los demás comenzaron a seguirle como los animales en la selva que siguen al líder del grupo. El silencio y la dedicación de Elisandro por Kuririn era sorprendente. Nadie, en esas circunstancias, hubiese pensado en arrastrar a los heridos o a los muertos más si son solo campesinos. Las escaleras comenzaban a empinarse y el viaje se transformaba en un peso. La luz de la luna se posicionó sobre la quinta estación. Tres mancebos peleaban contra otros tres hombres. Elisandro se acercó lentamente y dio cuenta que los rivales eran armaduras y armas sostenidas por el aire. Indicó inmediatamente que se instalaran cerca de la entrada de la estación y que acostaran a Kuririn. Elisandro se armó para entrar en batalla y acompañar a los tres soldados que peleaban agotados ante esos seres tan extraños. Elisandro entró pegando un grito. Sostenía la última lanza en sus manos y la agitaba con rabia. Los espíritus miraron al ser que entraba de forma escandalosa. Los tres jóvenes, que llevaban la figura de Pegaso en sus escudos, corrieron hacia la salida. Elisandro se vio enfrentado ante tres seres con los mismos escudos de Pegaso. Dando un grito: “¡Cobardes!” los espíritus se abalanzaron contra él. Extrañamente, al verlos de cerca, tenían exactamente los mismos perfiles, rostros y cuerpos de quienes huían. Pensó que las sombras habían escapado de los propios cuerpos. Su lanza se movió de forma espléndida, lo que hizo que los soldados de aire retrocedieran. El escudo derribó la fuerza de las lanzas que se aproximaban y con gran rapidez dio de baja a dos de los espíritus. A uno de ellos le atravesó el rostro y al otro con la kopis le cortó una pierna. Las armaduras se desvanecían en el suelo. El último de los soldados huyó, pero fue derribado por la lanza de Elisandro. Se sentía enorme y poderoso. Una lanza apareció e hirió a Elisandro en el muslo. Solo rozó la pierna, mas la sangre brotó y manchó el terreno. Los ojos desorbitados de Elisandro buscaron al culpable. Un soldado de alto talante movía de forma diestra su espada. El escudo del tigre y crines azules que se divisaba. De pronto, entró Túcides a la batalla con una lanza e intentó dar con el fantasma. La lanza llegó muy cerca del hombro, pero no logró alcanzarlo. El espíritu devolvió la lanza y Elisandro protegió con el escudo a Túcides, quien intentó moverse. El escudo de Elisandro fue la salvación del noble con cabellera rubia. Las órdenes de Elisandro fueron las siguientes: “Todos pasen hasta el pórtico siguiente y espérenme hasta el amanecer” El ser se acercaba lentamente blandiendo su kopis de pomo de tigre. El grupo rodeó el campo de batalla y continuó por la senda. De pronto vieron como el lugar se llenaba de escudos de tigres, lobos y leones. Sujetos como ellos se transformaban en los enemigos de Elisandro. Decidieron correr hasta el siguiente pórtico.

Elisandro, al ver que lo rodeaban espíritus, decidió atacar a los más débiles: Ulises, Erinia, Gramicles y Hedoto. Mientras pensaba el espíritu de Elisandro combatía contra la sombra contrariada de Túcides. Eso le dio tiempo para apretar su herida y atacar a sus rivales más próximos. El espíritu más débil de Kuririn, poseía la ventaja de ser ágil y pequeño, lo que complicó a Elisandro. Extrañamente, el filo de las armas del espíritu de Kuririn no le hacían tanto daño. Se abalanzó contra el pequeño ser que golpeaba partes inferiores de Elisandro. Como un ratón que mordía y huía de los pies del cazador. Como un felino, Elisandro, elevó del cuello al soldado y lo lanzó lejos. Con el escudo se cubrió veloz del ataque de la kopis de otro soldado, quien parecía ser Hétore. Como un tigre que se abalanza contra su presa, Elisandro danzó entre las lanzas que se aproximaban y dio con la espalda de la sombra de Hétore, quien cayó herido de muerte. Quedaban siete y el único humano sentía que estaba desprovisto de ayuda. En el campo de batalla apareció un soldado esbelto y bien parecido. Su sonrisa hizo que el corazón de Elisandro se estremeciera, conocía muy bien el espíritu aquel que lo acompañaba en batalla. La mujer del sueño llevaba una lanza hermosa, unas crines negras, una armadura totalmente oscura, el vuelo de la túnica era lo que cubría su parte baja. En su escudo de bronce y oro, estaba cincelado las doce estaciones. No tuvo el tiempo para descifrar todo el contorno. La vio luchar iluminar el terreno y los rostros de Ulises, Erinia, Gramicles, Hedoto, Telémacro se vieron claros como cuando las brillantes flechas del sol aterrizan en la mañana. Los soldados se distanciaron con el golpe de luz y, súbitamente, la mujer desapareció dejando el gran escudo cincelado en el suelo y una lanza con punta brillante en el suelo. Elisandro dejó el escudo de tigre en la tierra e intentó levantar el escudo sin suerte. Usó toda la fuerza posible, pero le fue imposible. Miró la lanza y la alzó con muchos problemas. Volvió por su escudo de tigre y comenzó a avanzar con poca agilidad. Dio cuenta que un golpe casi le atiza en el rostro. El escudo apenas sirvió, el atacante era Telémacro que avanzaba contra el soldado que se refugiaba detrás de la rodela. El embiste hizo retroceder a Elisandro, quien de forma desprendida se lanzó al ataque con la lanza. Las armaduras de Telémacro no pudieron hacer nada contra el golpe funesto. La armadura desapareció al instante y el guerrero humano comenzó a sentir propia el arma. Se decidió y lanzó con todas sus fuerzas atravesando a Ulises y Erinia. Hedoto y Gramicles fueron los siguientes, la kopis le rebanó los tobillos y luego la cabeza a cada uno. El fantasma de Elisandro lo esperaba mientras el cuerpo de la sombra de Túcides se desvanecía en el suelo. Elisandro dio un grito articulando lentamente la palabra “victoria”. Estaba confiado y tomó la lanza. Sin embargo, la sombra del guerrero, que le hacía frente, era diestra y empujó hacia arriba el golpe certero que iba contra su airada cabeza. Desprovisto de defensa Elisandro, en cosa de un segundo, subió el escudo de Tigre y logró evitar la lanza que llegaba hacia su costilla derecha. Retrocedió temeroso y dio cuenta que el espíritu avanzaba con su Kopis. Tomó distancia y apuntó hacia el brazo izquierdo de la sombra. La lanza llevaba

tal precisión que se atravesó la protección del escudo y llego hasta el tahalí derramando oscura sangre. Elisandro dio cuenta que no era muy diestro esquivando las lanzas. Mas tenía una fortaleza impresionante, su sombra aún se tambaleaba con su kopis. Elisandro esquivó dos a tres intentos de embiste, y cuando estuvo cerca del rostro de su sombra logró despojarla del arma cortando los fantasmagóricos dedos. El espíritu cayó e intentaba tomar la lanza. Elisandro enterró su cruenta kopis en la espalda de la sombra y se levantó cansado. El aire era fino y eso lo hacía rendirse más rápido ante el cansancio. De pronto, el espíritu más oscuro que jamás haya visto entró en batalla. La sombra de la mujer del sueño entró en combate. Elisandro algo cansado se armó de valor y tomó la lanza y corrió hacia el escudo de oro y bronce. Su peso era demasiado para el cuerpo de Elisandro, mas se mantuvo en pie y se irguió para darle frente al gran espíritu que se acercaba con ganas de luchar.

Telémacro y los demás veían con atención y miedo la horrenda escena. La oscuridad reinaba en aquel terreno de lucha. Los valientes caminaron junto a un moribundo Kuririn, quien sacó fuerzas de flaqueza y se encaminó hacia la oscuridad. Se posicionó, con mucha dificultad, y comenzó a lanzar dardos mortíferos de su arco. La diosa se protegió con un escudo enorme y avanzó hacia la escalera, liberando por momento al herido Elisandro, quien se abalanzó sobre el escudo y con mucha dificultad probó mantenerlo paralelo a su tronco. Elevó la lanza con punta dorada, regalo de su protectora, y comenzó a maniobrar sus armas. El espíritu subió las escaleras esquivando algunas piedras que lanzaba el grupo. Telémacro avanzó con su lanza y escudo de lobo, se puso el casco negro con láminas doradas que simulaban las curvas del pelaje de un lobo. Arriba, donde las crines se sostenían, se dibujaba un feroz lobo. La apertura central del casco, se podía apreciar un cincelado magnífico donde destellaba el brillo de la luna. En la armadura resaltaban dos lobos mirando hacia los lados. Sus brazos parecían el aullido de cada animal. Su kopis traía la figura de un lobezno en el pomo. Bajó la escalera con prontitud y comenzó a golpear a la diosa oscura que reía a carcajadas del sujeto. A pesar de todo, comenzó a ganar espacio y no vaciló en ningún momento. El espíritu se sintió afligido. El alma de Telémacro asustó al resto, hacía vibraba con cada golpe. La kopis daba abajo, arriba, al centro. El escudo lo protegía de cualquier embiste y lo utilizó en su ataque combinado. Los observadores se volvieron activos: Erinia y Ulises atizaron varios lanzazos a la mujer que disminuía en fuerza. El corazón de los lobeznos comenzó a dar con la luz y al igual como una manada dieron caza al cervatillo. La balanza se estaba por inclinar, pero la diosa oscura ofreció dos golpes que hirieron a los compañeros de Telémacro. El soldado retrocedió rápidamente y con fuerza extraordinaria tomó los cuerpos de sus aliados y los llevó en andas. Las flechas de Kuririn protegieron la fuga del grupo loado y cayeron sobre el monstruo oscuro que gimió de dolor al ser atravesado. Aquel grito llenó de valor a Túcides, quien se lanzó a la batalla. Las crines gigantes de su casco eran de color amarillo y su armadura de bronce daba luz a la escena. De pronto su carrera se detuvo

y como una lagartija se arrastró entre los escalones. Despavorido corría y gemía para que no lo alcanzase la oscura forma, quien cambió radicalmente del dolor a risas. El proceso se imprimió en los nervios de los guerreros. Una lanza atravesó el cuerpo de tinieblas e iluminó el espacio. Un cuerpo de menor densidad escapó de la luz y salió proyectada hacía el escudo del atacante, Elisandro. El golpe dobló su brazo y cayó rendido en el suelo. Hétore saltó al campo de batalla y alzó en su hombro a su amigo Elisandro, quien en voz baja pidió que llegaran hasta el otro espacio o descanso.

Las escaleras se hicieron eternas y el conjunto de adolescentes desfilaba hasta la siguiente estación. Se arrastraba el grupo de humanos como las larvas en tierra. Sedientos, llenos de sudor y con dificultades para respirar. Comenzaron a subir una espiral sin retorno, sin guía alguna: el sol y la luna no se observaba en ningún rincón del cielo. El primero en caer fue Telémacro, quien sostenía los cuerpos de Erinia y Ulises. Dejó caer suavemente a los mancebos y se recostó a un costado de la escalera. Kuririn se desplomó y fue arrastrado por Gramicles. Hedoto fue el último en yacer y durmió junto a sus compañeros. El cansancio se hizo potente y derribó uno a uno a los soldados. El noble Túcides siguió sin mirar atrás y cuando llegó al final de la escalera se encontró con una caverna. Dio cuenta de su soledad y su corazón se estremeció. Sus piernas inmóviles y un profundo malestar hacia temblar su cuerpo. Dentro de la caverna los animales más cotidianos en estampida comenzaron a chocar con él. Espíritus de animales hechos para ser cazados gemían, gruñían y graznaban con toda su potencia. Buscó su escudo y siguió su camino a duras penas. Su avance era interrumpido por el rugido cavernario y la serie de sombras se proyectaban sobre él. Los animales no permitían el paso. Las sombras dañaban parte de su piel, muslos y pies. De pronto, frente a sus ojos una puerta se hizo visible. La empujó con una feroz patada. Al salir de la nebulosa de imágenes dio cuenta de una luz difuminada. Al acercase dio cuenta de la fogata. Animales de piedra, en diversas posiciones, se encontraban muy cerca del fogón. Se sintió aliviado y se precipitó para seguir su camino. No obstante, el preciado viento le sugirió retroceder a lo que Túcides se negó y tercamente se deslizó contra el ventarrón. Túcides se desplazó hasta dar con un pequeño león que se movía de un lado para otro. El sudor y la sangre llamaron la atención del felino de incipiente melena. El rugido superó la bravura del soldado que retrocedió con miedo. Abrió la puerta con furia y se encaminó hacia los soldados. Uno a uno los arrastró hasta el cuarto y les dio abrigo. Levantó una pequeña tienda detrás del fuego y dejó a todos sus compañeros de viaje cerca de su cuerpo. Entre sus ideas era dejar de carnada a los jóvenes que yacían en tierra, para así dar con la cabeza del león. Sus ojos temerosos se vieron rodeados de sujetos que dieron la vida por él. Se sintió poca cosa. El león rugía al otro lado. Un mechón de pelo rubio cayó sobre sus ojos y se empapó de lágrimas. La cobardía se impuso al ver la proyección del león caminando de un lado a otro afuera de la tienda improvisada. El felino esperaba atento ante la salida del sujeto. Los

soldados se quejaban por los dolores y el cansancio. El animal afuera rugió y Túcides, como un esclavo, se levantó a organizar la comida que quedaba. Se acercó a los cuerpos y le ofreció agua y comida. Cuando estaban todos alimentados se sentó a esperar al león que se movía de un lado a otro. La figura de pronto se puso de frente y se acercó perdiendo total proyección. Los ojos de sorpresa del guerrero se cerraron sintiendo el alivio. Un pequeño gato levantaba la capa gigante que servía de protección. La duda se disipó, se acercó al pequeño gato que se entregaba fielmente a su nuevo dueño. El animal se erizó de pronto y se deslizó por el lomo del joven. El sueño se deslizó por el suelo e hizo que los mancebos se arroparan y durmieran dentro de la caverna. Túcides durmió con su nueva mascota.

El primero en despertar fue Kuririn, quien buscó agitadamente a su amigo y protector Elisandro. Kuririn tomó del cuello al soldado Túcides, quien dormía junto a su nueva mascota, plácidamente. Le preguntó como mucha violencia acerca de Elisandro, mas este muy perdido y cansado subió los hombros. Lanzó un escupo al suelo y se soltó de Kuririn, quien inspeccionó el lugar y las grandes estatuas de piedra. Despertaron todos conturbados y asustados buscando las escaleras y el espacio abierto. Lo único que se sentía al fondo era un murmullo donde la oscuridad era dueña. Un camino estrecho aparecía en la otra habitación. El eco de su respiración tronaba. Se sentaron en círculo y meditaron en silencio las diversas posibilidades. Cada uno comenzó a sacar conclusiones y a distribuir las tareas. La selección de alimentos, quien llevaría las armaduras en el bolso improvisado, quien cargaría los alimentos. Se decidió dividir las raciones para aguantar por lo menos un par de días. En su mente estaba claro que más de un día no podía faltar. No se habían detenido frente a su campaña de subir y subir hasta encontrar algo, quizá una luz de esperanza. Kuririn obedeció en todo sentido, pero intentó alargar el tiempo para que llegase su compañero Elisandro, mas Túcides comentó que no estaba su cuerpo en ningún lugar y que lo más probable es que su cuerpo ya estaba bajo tierra. Con una mueca de dolor Kuririn y Hétore se sumaron a la caminata ante aquel callejón oscuro más allá de la extraña fogata.

Capítulo 2

*

Mi cuerpo desnudo cayó lentamente entre las piedras y aterrizó en el cauce de un rio pequeño. Al despertar me levanté del susto e intenté subir entre las piedras para volver al camino, pero me fue imposible. Mis armas y túnica yacían al pie de un arrimo de madera. El escudo, imposible de portar, brillaba con fuerza casi llamándome para que lo sostuviese. Caminé lentamente hasta mi ropaje y me puse lo justo para mirar a mi alrededor. Al fondo divisé una pequeña choza donde humeaba una fogata. La explanada se veía agreste por estar cerca de las grandes montañas.

Comencé a mover lentamente mis pies para acercarme sin ganas a la choza, mis sentimientos se contrastaban ante la decisión, pero el sonido de un ave me sacó de esta breve cavilación. Me senté frente al escudo que brillaba ante el gran sol. Con el tacto descifré el gran trabajo de cincel. Muy bien había escuchado que los héroes siempre obtenían presentes y la gran pregunta de cada uno debía ser ¿Quién soy para recibir esto? En donde radica la importancia del regalo, ¿En la composición de este, acaso? La lectura del arte no era mi especialidad, pero comencé a entender el orden de las figuras. Las zonas de cada estación se fueron dibujando junto a mi dedo. En particular el círculo se organizaba en doce cuadros que dibujaban el camino al sol radiante. En la parte superior, con un buril, se había fabricado un sol y una luna compartiendo el mismo cuerpo. Al seguir por el lado derecho, la luna ciclópea miraba con atención a un hombre que bajaba por la mañana y contemplaba ciudad devastada por las diferencias de dos hombres que luchaba sin cesar. La ciudad en llamas era abrazada por un extraño ser con características de serpiente. El extraño animal protector voló dejando una estela. La escena cambió repentinamente y el hombre dormía sobre una piedra cercana a la ciudad. La estela lo rodeó y al parecer en un sueño, el hombre que contemplaba actuó. Destruyó la rivalidad aconsejando a los reyes que se disputaban el dominio del lugar. Se fundó una Diarquía y la paz reinó. Hombres y mujeres llenaban las despensas, los graneros y de las casas compartían el alimento que cazaban, cosechaban y domesticaban. Eran dueños de una utopía.

La diarquía llegó a su fin cuando un monstruo con cabeza de toro llegó sin previo aviso y terminó la vida de los reyes. Acercándose al sol, que miraba hacia el cielo con una lágrima en su ojo, se podía notar como los hombres lucharon contra aquel animal y no lograron embestir contra él, quien se irguió como humano. Al ganar la batalla contrajo nupcias con una bella princesa que no pudo resistirse ante la fuerza del gran animal. De un momento a otro se quitó la enorme cabeza y el hombre se mostró ante todos. Su silueta era la de un hombre bien

parecido y estructuró un discurso que dividió a la ciudad en 4 partes. Huyó a las montañas, junto a su mujer, y su cuerpo quedó en una especie de explanada entre dos grandes montañas. El hombre que dormía aparece en la última escena sobre una montaña mirando hacia abajo y entrando a una cueva por donde sale nuevamente y continúa su ciclo.

*

El ruido más aterrador que jamás había escuchado Elisandro, escapó de la choza. Un cuerpo se levantó y era el aterrador gigante. El animal se puso en posición de ataque y, a pesar de la distancia, corrió hacia Elisandro, cuyo valor se vio diezmado. Se armó con todo lo que tenía y esperó, con el escudo en alto y paralelo a su cuerpo, al animal. El embiste fue terrorífico, pero no lanzó a tierra el cuerpo de Elisandro, que aún temblaba por el miedo y la fuerza sinigual del animal. La kopis enterró una y otra vez en el lomo del animal que lo empujaba hacia atrás. De pronto, la sangre dejó de brotar y la empuñadura no pudo volver a tomar. El escudo divino voló por los aires y un cuerno atravesó la armadura. Elisandro se movía como un vil muñeco en el aire, mientras se desangraba. La visión borrosa y la poca conciencia acerca de su cuerpo hacían escapar el alma de Elisandro a través de la boca. Se tapó la boca intentando devolver el alma a su estado natural. De pronto una mujer le pasó la lanza con la punta dorada. Con ella pudo atacar y tomar distancia. El animal corría de dolor por todos lados. Elisandro tomó con desesperación el escudo y lo dejó cerca de su cuerpo. Se apartó lo bastante para lanzar con fuerza el arma recién entregada. Con el ímpetu de su cuerpo ofreció fuerza a su brazo que, por la sangre perdida, flaqueaba. El arma dio con el animal que corría hacía él. Se inclinó y buscó refugio detrás del escudo y sintió el peso muerto del animal terminó sobre él.

Con lo poco de energía que le quedaba, divisó la figura de una mujer. El sol difuminó la imagen femenina que lo arrastraba hasta la choza. La diosa, quien siempre lo acompañaba, se sentó a su lado y lo desnudó dando unas puntadas en el cuerpo debilitado del guerrero. Ella tomó su mano y dejó que tocara su vientre. De pronto, sintió que algo palpitaba tenuemente. El sol dejó de presionar y el sueño aterrizó en los ojos de Elisandro, quien no tenía más fuerzas. El alimento nocturno le dio extraño vigor y pudo sortear la noche donde ultrajó golpeó sin parangón la cruda fiebre.

Al despuntar el maravilloso carro del sol, Elisandro sintió la energía para entrenar toda la mañana. La mujer lo llamó de inmediato y el acudió a dar su amor. Los amantes se sintieron bien y las caricias revelaban una afinidad divina. Ambos parecían quedarse para siempre en ese lugar. Al anochecer, el guerrero se entrenaba con mucha tenacidad con sus armas de peso. La noche se abrió paso y la luna gigante alteró a Elisandro. Sabía muy bien que el astro evidencia partir, tal como el hombre en su escudo. Se acercó a la mujer y tomó sus manos, las besó

una y otra vez y pidió perdón. Tomando sus cosas caminó sin mirar atrás. La mujer se deshizo en lágrimas literalmente y en forma de rio atrapó a Elisandro no permitiendo que se escapase. Aunque agitara sus brazos e intentara arrimarse a las piedras no pudo lograrlo. Sin embargo, el trago amargo de la conciencia removió la consciencia de la mujer dándole un momento oportuno para soltar una verdad. El agua puso de rodillas al soldado, quien con poca energía tomó las piernas de la mujer que se encontraba altiva frente a él. Sus ojos, un poco enceguecidos por la fuerza y el brillo de la diosa, vislumbraron el sabor de la verdad hasta ese día totalmente secreta.

*

"Quien te ha otorgado la vida surca los cielos en plataformas gigantes. No obstante, alguno se ha quedado y querrá vivir como dioses entre ustedes. Viajan juntando ejército, puesto que a pesar de nuestra divinidad somos mortales. Carne y hueso nos une, mente nos diferencia".

*

Elisandro acarició con el rostro el vientre de la mujer. Sintió el palpitar de un hijo que yacía entre las capas viscosas. La mujer lo llevó hacia una extraña puerta que hizo subir a los cuerpos entre las piedras, los pedruscos y riscos de la falda de la montaña. El ascenso terminó y la voz de la mujer seguía instruyendo la calma en el soldado. Decía que los dioses se fueron y que uno en particular vendría. Arriba cerca de la entrada aún estaba la "ciudad de los dioses", esperando partir hacia el cielo. Elisandro tenía el cuerpo húmedo como si hubiese salido del mar. La poca claridad no le permitió ver quienes lo arrastraban hacia la puerta de la "ciudad de los dioses", su primer objetivo, la meta de todo su entrenamiento. Comenzó a descifrar los rostros, quienes lo veían con preocupación. Los ojos terminaron por llenarse de lágrimas al observar a Kuririn y a Hetore. Un soldado enorme lo llevaba en andas y lo soltó en una pequeña casa con pilares rudimentarios. Dentro de la casa se encontraba un joven muy larguirucho y raquítico. Su cara enjuta hizo estremecer a Elisandro. Sus labios comenzaron a moverse y los dichos de este sujeto alteraron al cuerpo cansado del soldado que yacía en el suelo. Lo cubrieron y lo aislaron en una pequeña sala. Sus antiguos compañeros, más grandes y con voz de mando, exigieron verlo y poder hablarle. Sin embargo, el sujeto los contuvo con un simple "no". La voz de mando de aquel sujeto hacia estremecer a los preocupados guerreros que aguardaban la noticia del extranjero. Elisandro aguzó el oído y pudo escuchar la diatriba que mantuvieron los dos lideres del lugar. Las palabras circulaban entre preocupación, que es la primera vez que veían al elegido por los dioses caminar cubierto de una sustancia espesa y que los dioses al fin mostrarían algún rostro. El sujeto acariciaba una y otra vez el escudo enorme. Extrañamente, daba cuenta de su estado liso y

llano, es decir, no podía entender el trabajo del cincel. Sentía las formas, pero no las veía. Elisandro podía hacerlo aun en su estado catatónico.

Los días pasaron y el líder se quedó observando con horrenda impresión el cuerpo delicado del hombre que reposaba sobre una cama improvisada de piel. Lo alimentaba con mucho temor e intentaba no verle directamente a los ojos. Elisandro los tenía las pupilas dilatadas y se movían de un lado a otro. El cuerpo esquelético del guerrero comenzó a tomar fuerza y su espíritu llenó de vida los músculos. Se levantó al fin y se sentó en la orilla de la cama. Levantó con ansías su cuerpo y dio cuenta que estaba solo en la casa. El rostro de aquel vigilante incansable desapareció. Caminó hacia la puerta y la abrió con fuerzas. El tipo que lo rescató lo esperaba con un martillo enorme. Su grupo de soldados lo miró con alivio y lo rodearon dando vítores de alegría. Todos estaban desgarbados y trabajando en la remodelación de un templo derruido por grandes puños, cuyas marcas aun se podían vislumbrar entre las aperturas del suelo. El líder del lugar se puso delante de su protector.

– ¿Así que llegó el toro? – dijo con vehemencia el hombre raquítico. – eres otra víctima de la influencia de una bruja que no pudo volver a ser diosa. Las puertas se cerraron para ti–
La mujer apareció de la nada y caminó hacia el sujeto, que se arrodilló intentando respirar, sintiéndose ahogado. Elisandro iba a decir algo, contento al verla, pero no hubo caso. La mujer disparó su defensa.
– Los dioses ya se fueron. Mi padre me ha dejado – un silencio incómodo, mientras todos los hombres miraban maravillados al ser que se apareció de la nada. Se escuchó el lamento de la diosa, un suspiro violento que llenó de compasión a la audiencia. – Tu mortal– continuó – ¿Acaso no te compadeces de esta diosa? –
Agitado por el dolor, percibió que el interior de su garganta soltaba lentamente la presión, hasta el punto en el que volvió a hablar –Sí, pero jamás perdonaré a los dioses por el abandono. Ahora vienes a pedir perdón o a traerlos de vuelta. Quiero sentir que el ciclo de los hombres en algún momento terminará. No podemos seguir por la misma senda, en espiral hacia la muerte. El sol se apagará y seguiremos luchando contra los demonios del destino, invisibles y creados por nuestra conciencia que gustosa nos ofrecerá límites. No puedes decir que ha vuelto el toro. Para eso me pusieron aquí para protegernos del mito. – Acto seguido se lanzó al ataque y la diosa fue protegida por el escudo de Elisandro. Todos observaron cómo el soldado erguía un escudo brillante y hermoso. Se sintió el temblor junto al golpe. La diosa saltó sorprendida hacia atrás, puesto que Elisandro a pesar de interponerse fue derribado por los puños del sujeto. El hombre del martillo sonrió y masculló el verbo una y otra vez “Vencer”.

– Los dioses nos dejaron aquí en nuestra cuna. Superaremos a los dioses en inteligencia– las palabras del líder fueron interrumpidas por la

diosa.
– El toro ha llegado, en mi vientre espera nacer la primera ventura de su asquerosa especie, él es quien ha sido seleccionado para llevarlos a la victoria–

– ¿De qué victoria hablas? –

– De ustedes por sobre mi especie–

– ¡El artificio de tus mentiras tiene que llegar a su fin! –

– ¡El cielo no me negará la verdad! – grita con locura la diosa quien alza su arma. – El dios que camina en sus tierras traerá la ruina, querrá vivir a perpetuidad y ninguna revolución podrá triunfar. Su contaminada sapiencia es la que triunfó alguna vez en mi pueblo y nos hizo sufrir la miseria, la pobreza, la codicia.
– Con la que nosotros crecimos. ¡Di la verdad! ¡Oh, Diosa! ¡Di la cruel verdad! Somos su pequeño teatro. Con nosotros probaron el error.
– ¡Elisandro! – comandó la mujer – Libera a tu gente encamínalos hacia la victoria.
Elisandro, no entendiendo la situación se levantó y se encaminó a luchar con el raquítico hombre, quien lo había lanzado con fuerzas hacia atrás.

– No eres hombre contra mí, Elisandro – el esquelético hombre apretó sus puños brillantes como guanteletes de hierro. Elisandro dio varias estocadas a la túnica que parecía vacía. Fue atacando con gran energía. Por el guardián del martillo. El movimiento del escudo fue rápido, mas su enemigo lo apartó con la pierna.

–Tu no eres el enemigo – le dijo el esquelético hombre, quien saltó para vencer a la diosa. En un movimiento oportuno esta se movió entre los golpes e intentó devolver un lanzazo al cuerpo del hombre que se desvaneció en el aire y se acercó por la espalda de la diosa. Un testarazo hizo retorcerse en el suelo a la diosa que sangró por ambos choques. Tembló el suelo y los corazones de los hombres, que presenciaban aquel sacrilegio corrieron a buscar palos y piedras para ayudar a la víctima de la injuria. La lanza de Elisandro hizo mover al cuerpo delgado permitiendo que los hombres salvaran a la diosa que sangraba en el suelo. El hombre del martillo volvió a golpear a Elisandro, quien se defendió con su escudo. El cuerpo del soldado, ya dañado a pesar del refugio detrás del escudo, se vio enfrascado en una lucha por la sobrevivencia. Se irguió y usando la kopis con pomo de tigre. Elisandro rodeó al gran rival y fue dando estocadas en diversas partes de las piernas. Aquello le permitió ir dando con la debilidad de su rival. A pesar de ver el martillo pasar cerca de su cabeza, los movimientos de Elisandro eran capaces de esquivar cada golpe insensato del rival, quien gritaba con furia. De pronto, el escurridizo soldado blandió la kopis con las dos manos asaltando la espalda de su enorme rival. La sangre brotó y el sonido del cuerpo que cayó sorprendió

al líder que luchaba contra una increíble cantidad de hombres que lo rodeaban muertos de miedo. Kuririn estaba entre ellos e intentaba entrar en batalla, mas el miedo por los compañeros heridos que yacían al lado del señor no le permitían encontrar fuerza en su espíritu. Elisandro dio cuenta de esto y miro con algo de decepción a su antiguo amigo. Se despreocupó y corrió hacia la diosa que estaba siendo atendida por Telémacro. De pronto, entre la multitud salió Túcides con un león a su diestra. Se abrió paso con su armadura de bronce, su casco tremulante dorado completo. El león de su aspis negra brillaba al centro. Observando de lejos alcanzó a recuperar sus cosas, dejo la sorpresa de lado y con gran astucia se vistió de armas para dar caza al líder.
– ¡Oh, gran Túcides, has decidido darme guerra! – le dijo el hombre alzando sus puños.
– Después de dos años. Al fin me desprendo de mi padre y con orgullo comprendo que los días de diferencias se acaban aquí. A mis hermanos nos diste seguridad y verdadero entrenamiento. No perdonaré que a grandes guerreros los dejes morir por ser campesinos.
– Pero mi gran señor. Si llegase aquí lo pútrido a mezclarse entre manzanas de oro, como son ustedes mis soldados…–
– La sangre no importa. Ya he aguantado suficiente. No soportaré que Gramicles, compañero de armas, perezca aquí sin nombre alguno. Los llevaré de vuelta y mi familia sabrá que defendí a un hermano, puesto que todos somos iguales –
– Me sorprende que pienses así. Justo ahora se aparece la oportunidad de reivindicarte. No lo hiciste antes por el miedo. En mi soledad– El león acaba con brusquedad el diálogo y desprende el terror del líder.

– Es raro que a los animales temas y no a los dioses – Irónico se acerca Túcides a su enemigo.
– En los animales no existen las distracciones, el hambre y la irracionalidad son más fuertes que las ingeniosas conversaciones de los dioses. Yo podría matar al león, pero me veo en desventaja. – el rugido hace retroceder al hombre que se arrastra por el suelo sin dejar de mirar al león. De repente, se alza a gran velocidad y hace sonar unos trastos a la distancia. El león se distrajo y el sujeto lo levanta con gran presteza, lo lanza y este se transforma en gato. Túcides se acerca a gran velocidad e intenta darle con la lanza, mas el sujeto es rápido y puede escapar de las garras del hombre con talante de león. La respuesta fue rápida y el casco de Túcides recibe el golpe funesto del enemigo y con suerte resiste el embiste. Con gran prontitud comienza la batalla entre el hombre de los puños y Elisandro, quien se mueve con gran agilidad rodeando al sujeto. Kuririn pasa entre las piernas abiertas del sujeto permitiendo que este caiga con gran estruendo en el suelo. La nariz sangra en las piedras. Un golpe deja en el suelo a Kuririn y Elisandro ataca con furia el cuerpo delgado del sujeto. Lo eleva con la lanza y caen los guantes de hierro. Túcides salta sobre el cuerpo del hombre agonizante y corta la garganta de este. El frío viento se adueña del lugar. Los rostros de los soldados se ven algo afligidos, han roto una tradición histórica, han callado a la voz de

mando, una especie de revolución comenzaba en las alturas. Túcides y Elisandro cruzaron miradas y sonrieron con horrenda mueca.

*

Mi cuerpo desnudo cayó lentamente entre las piedras y aterrizó en el cauce de un rio pequeño. Al despertar me levanté del susto e intenté subir entre las piedras para volver al camino, pero me fue imposible. Mis armas y túnica yacían al pie de un arrimo de madera. El escudo, imposible de portar, brillaba con fuerza casi llamándome para que lo sostuviese. Caminé lentamente hasta mi ropaje y me puse lo justo para mirar a mi alrededor. Al fondo divisé una pequeña choza donde humeaba una fogata. La explanada se veía agreste por estar cerca de las grandes montañas.

Comencé a mover lentamente mis pies para acercarme sin ganas a la choza, mis sentimientos se contrastaban ante la decisión, pero el sonido de un ave me sacó de esta breve cavilación. Me senté frente al escudo que brillaba ante el gran sol. Con el tacto descifré el gran trabajo de cincel. Muy bien había escuchado que los héroes siempre obtenían presentes y la gran pregunta de cada uno debía ser ¿Quién soy para recibir esto? En donde radica la importancia del regalo, ¿En la composición de este, acaso? La lectura del arte no era mi especialidad, pero comencé a entender el orden de las figuras. Las zonas de cada estación se fueron dibujando junto a mi dedo. En particular el círculo se organizaba en doce cuadros que dibujaban el camino al sol radiante. En la parte superior, con un buril, se había fabricado un sol y una luna compartiendo el mismo cuerpo. Al seguir por el lado derecho, la luna ciclópea miraba con atención a un hombre que bajaba por la mañana y contemplaba ciudad devastada por las diferencias de dos hombres que luchaba sin cesar. La ciudad en llamas era abrazada por un extraño ser con características de serpiente. El extraño animal protector voló dejando una estela. La escena cambió repentinamente y el hombre dormía sobre una piedra cercana a la ciudad. La estela lo rodeó y al parecer en un sueño, el hombre que contemplaba actuó. Destruyó la rivalidad aconsejando a los reyes que se disputaban el dominio del lugar. Se fundó una Diarquía y la paz reinó. Hombres y mujeres llenaban las despensas, los graneros y de las casas compartían el alimento que cazaban, cosechaban y domesticaban. Eran dueños de una utopía.

La diarquía llegó a su fin cuando un monstruo con cabeza de toro llegó sin previo aviso y terminó la vida de los reyes. Acercándose al sol, que miraba hacia el cielo con una lágrima en su ojo, se podía notar como los hombres lucharon contra aquel animal y no lograron embestir contra él, quien se irguió como humano. Al ganar la batalla contrajo nupcias con una bella princesa que no pudo resistirse ante la fuerza del gran animal. De un momento a otro se quitó la enorme cabeza y el hombre se mostró ante todos. Su silueta era la de un hombre bien parecido y estructuró un discurso que dividió a la ciudad en 4 partes. Huyó a las montañas, junto a su mujer, y su cuerpo quedó en una especie

de explanada entre dos grandes montañas. El hombre que dormía aparece en la última escena sobre una montaña mirando hacia abajo y entrando a una cueva por donde sale nuevamente y continúa su ciclo.

*

El ruido más aterrador que jamás había escuchado Elisandro, escapó de la choza. Un cuerpo se levantó y era el aterrador gigante. El animal se puso en posición de ataque y, a pesar de la distancia, corrió hacia Elisandro, cuyo valor se vio diezmado. Se armó con todo lo que tenía y esperó, con el escudo en alto y paralelo a su cuerpo, al animal. El embiste fue terrorífico, pero no lanzó a tierra el cuerpo de Elisandro, que aún temblaba por el miedo y la fuerza sinigual del animal. La kopis enterró una y otra vez en el lomo del animal que lo empujaba hacia atrás. De pronto, la sangre dejó de brotar y la empuñadura no pudo volver a tomar. El escudo divino voló por los aires y un cuerno atravesó la armadura. Elisandro se movía como un vil muñeco en el aire, mientras se desangraba. La visión borrosa y la poca conciencia acerca de su cuerpo hacían escapar el alma de Elisandro a través de la boca. Se tapó la boca intentando devolver el alma a su estado natural. De pronto una mujer le pasó la lanza con la punta dorada. Con ella pudo atacar y tomar distancia. El animal corría de dolor por todos lados. Elisandro tomó con desesperación el escudo y lo dejó cerca de su cuerpo. Se apartó lo bastante para lanzar con fuerza el arma recién entregada. Con el ímpetu de su cuerpo ofreció fuerza a su brazo que, por la sangre perdida, flaqueaba. El arma dio con el animal que corría hacía él. Se inclinó y buscó refugio detrás del escudo y sintió el peso muerto del animal terminó sobre él.

Con lo poco de energía que le quedaba, divisó la figura de una mujer. El sol difuminó la imagen femenina que lo arrastraba hasta la choza. La diosa, quien siempre lo acompañaba, se sentó a su lado y lo desnudó dando unas puntadas en el cuerpo debilitado del guerrero. Ella tomó su mano y dejó que tocara su vientre. De pronto, sintió que algo palpitaba tenuemente. El sol dejó de presionar y el sueño aterrizó en los ojos de Elisandro, quien no tenía más fuerzas. El alimento nocturno le dio extraño vigor y pudo sortear la noche donde ultrajó golpeó sin parangón la cruda fiebre.

Al despuntar el maravilloso carro del sol, Elisandro sintió la energía para entrenar toda la mañana. La mujer lo llamó de inmediato y el acudió a dar su amor. Los amantes se sintieron bien y las caricias revelaban una afinidad divina. Ambos parecían quedarse para siempre en ese lugar. Al anochecer, el guerrero se entrenaba con mucha tenacidad con sus armas de peso. La noche se abrió paso y la luna gigante alteró a Elisandro. Sabía muy bien que el astro evidencia partir, tal como el hombre en su escudo. Se acercó a la mujer y tomó sus manos, las besó una y otra vez y pidió perdón. Tomando sus cosas caminó sin mirar atrás. La mujer se deshizo en lágrimas literalmente y en forma de rio atrapó a

Elisandro no permitiendo que se escapase. Aunque agitara sus brazos e intentara arrimarse a las piedras no pudo lograrlo. Sin embargo, el trago amargo de la conciencia removió la consciencia de la mujer dándole un momento oportuno para soltar una verdad. El agua puso de rodillas al soldado, quien con poca energía tomó las piernas de la mujer que se encontraba altiva frente a él. Sus ojos, un poco enceguecidos por la fuerza y el brillo de la diosa, vislumbraron el sabor de la verdad hasta ese día totalmente secreta.

*

"Quien te ha otorgado la vida surca los cielos en plataformas gigantes. No obstante, alguno se ha quedado y querrá vivir como dioses entre ustedes. Viajan juntando ejército, puesto que a pesar de nuestra divinidad somos mortales. Carne y hueso nos une, mente nos diferencia".

*

Elisandro acarició con el rostro el vientre de la mujer. Sintió el palpitar de un hijo que yacía entre las capas viscosas. La mujer lo llevó hacia una extraña puerta que hizo subir a los cuerpos entre las piedras, los pedruscos y riscos de la falda de la montaña. El ascenso terminó y la voz de la mujer seguía instruyendo la calma en el soldado. Decía que los dioses se fueron y que uno en particular vendría. Arriba cerca de la entrada aún estaba la "ciudad de los dioses", esperando partir hacia el cielo. Elisandro tenía el cuerpo húmedo como si hubiese salido del mar. La poca claridad no le permitió ver quienes lo arrastraban hacia la puerta de la "ciudad de los dioses", su primer objetivo, la meta de todo su entrenamiento. Comenzó a descifrar los rostros, quienes lo veían con preocupación. Los ojos terminaron por llenarse de lágrimas al observar a Kuririn y a Hetore. Un soldado enorme lo llevaba en andas y lo soltó en una pequeña casa con pilares rudimentarios. Dentro de la casa se encontraba un joven muy larguirucho y raquítico. Su cara enjuta hizo estremecer a Elisandro. Sus labios comenzaron a moverse y los dichos de este sujeto alteraron al cuerpo cansado del soldado que yacía en el suelo. Lo cubrieron y lo aislaron en una pequeña sala. Sus antiguos compañeros, más grandes y con voz de mando, exigieron verlo y poder hablarle. Sin embargo, el sujeto los contuvo con un simple "no". La voz de mando de aquel sujeto hacia estremecer a los preocupados guerreros que aguardaban la noticia del extranjero. Elisandro aguzó el oído y pudo escuchar la diatriba que mantuvieron los dos lideres del lugar. Las palabras circulaban entre preocupación, que es la primera vez que veían al elegido por los dioses caminar cubierto de una sustancia espesa y que los dioses al fin mostrarían algún rostro. El sujeto acariciaba una y otra vez el escudo enorme. Extrañamente, daba cuenta de su estado liso y llano, es decir, no podía entender el trabajo del cincel. Sentía las formas, pero no las veía. Elisandro podía hacerlo aun en su estado catatónico.

Los días pasaron y el líder se quedó observando con horrenda impresión el cuerpo delicado del hombre que reposaba sobre una cama improvisada de piel. Lo alimentaba con mucho temor e intentaba no verle directamente a los ojos. Elisandro los tenía las pupilas dilatadas y se movían de un lado a otro. El cuerpo esquelético del guerrero comenzó a tomar fuerza y su espíritu llenó de vida los músculos. Se levantó al fin y se sentó en la orilla de la cama. Levantó con ansías su cuerpo y dio cuenta que estaba solo en la casa. El rostro de aquel vigilante incansable desapareció. Caminó hacia la puerta y la abrió con fuerzas. El tipo que lo rescató lo esperaba con un martillo enorme. Su grupo de soldados lo miró con alivio y lo rodearon dando vítores de alegría. Todos estaban desgarbados y trabajando en la remodelación de un templo derruido por grandes puños, cuyas marcas aun se podían vislumbrar entre las aperturas del suelo. El líder del lugar se puso delante de su protector.

– ¿Así que llegó el toro? – dijo con vehemencia el hombre raquítico. – eres otra víctima de la influencia de una bruja que no pudo volver a ser diosa. Las puertas se cerraron para ti–
La mujer apareció de la nada y caminó hacia el sujeto, que se arrodilló intentando respirar, sintiéndose ahogado. Elisandro iba a decir algo, contento al verla, pero no hubo caso. La mujer disparó su defensa.
– Los dioses ya se fueron. Mi padre me ha dejado – un silencio incómodo, mientras todos los hombres miraban maravillados al ser que se apareció de la nada. Se escuchó el lamento de la diosa, un suspiro violento que llenó de compasión a la audiencia. – Tu mortal– continuó – ¿Acaso no te compadeces de esta diosa? –
Agitado por el dolor, percibió que el interior de su garganta soltaba lentamente la presión, hasta el punto en el que volvió a hablar –Sí, pero jamás perdonaré a los dioses por el abandono. Ahora vienes a pedir perdón o a traerlos de vuelta. Quiero sentir que el ciclo de los hombres en algún momento terminará. No podemos seguir por la misma senda, en espiral hacia la muerte. El sol se apagará y seguiremos luchando contra los demonios del destino, invisibles y creados por nuestra conciencia que gustosa nos ofrecerá límites. No puedes decir que ha vuelto el toro. Para eso me pusieron aquí para protegernos del mito. – Acto seguido se lanzó al ataque y la diosa fue protegida por el escudo de Elisandro. Todos observaron cómo el soldado erguía un escudo brillante y hermoso. Se sintió el temblor junto al golpe. La diosa saltó sorprendida hacia atrás, puesto que Elisandro a pesar de interponerse fue derribado por los puños del sujeto. El hombre del martillo sonrió y masculló el verbo una y otra vez "Vencer".

– Los dioses nos dejaron aquí en nuestra cuna. Superaremos a los dioses en inteligencia– las palabras del líder fueron interrumpidas por la diosa.
– El toro ha llegado, en mi vientre espera nacer la primera ventura de su

asquerosa especie, él es quien ha sido seleccionado para llevarlos a la victoria–

– ¿De qué victoria hablas? –

– De ustedes por sobre mi especie–

– ¡El artificio de tus mentiras tiene que llegar a su fin! –

– ¡El cielo no me negará la verdad! – grita con locura la diosa quien alza su arma. – El dios que camina en sus tierras traerá la ruina, querrá vivir a perpetuidad y ninguna revolución podrá triunfar. Su contaminada sapiencia es la que triunfó alguna vez en mi pueblo y nos hizo sufrir la miseria, la pobreza, la codicia.
– Con la que nosotros crecimos. ¡Di la verdad! ¡Oh, Diosa! ¡Di la cruel verdad! Somos su pequeño teatro. Con nosotros probaron el error.
– ¡Elisandro! – comandó la mujer – Libera a tu gente encamínalos hacia la victoria.
Elisandro, no entendiendo la situación se levantó y se encaminó a luchar con el raquítico hombre, quien lo había lanzado con fuerzas hacia atrás.

– No eres hombre contra mí, Elisandro – el esquelético hombre apretó sus puños brillantes como guanteletes de hierro. Elisandro dio varias estocadas a la túnica que parecía vacía. Fue atacando con gran energía. Por el guardián del martillo. El movimiento del escudo fue rápido, mas su enemigo lo apartó con la pierna.

–Tu no eres el enemigo – le dijo el esquelético hombre, quien saltó para vencer a la diosa. En un movimiento oportuno esta se movió entre los golpes e intentó devolver un lanzazo al cuerpo del hombre que se desvaneció en el aire y se acercó por la espalda de la diosa. Un testarazo hizo retorcerse en el suelo a la diosa que sangró por ambos choques. Tembló el suelo y los corazones de los hombres, que presenciaban aquel sacrilegio corrieron a buscar palos y piedras para ayudar a la víctima de la injuria. La lanza de Elisandro hizo mover al cuerpo delgado permitiendo que los hombres salvaran a la diosa que sangraba en el suelo. El hombre del martillo volvió a golpear a Elisandro, quien se defendió con su escudo. El cuerpo del soldado, ya dañado a pesar del refugio detrás del escudo, se vio enfrascado en una lucha por la sobrevivencia. Se irguió y usando la kopis con pomo de tigre. Elisandro rodeó al gran rival y fue dando estocadas en diversas partes de las piernas. Aquello le permitió ir dando con la debilidad de su rival. A pesar de ver el martillo pasar cerca de su cabeza, los movimientos de Elisandro eran capaces de esquivar cada golpe insensato del rival, quien gritaba con furia. De pronto, el escurridizo soldado blandió la kopis con las dos manos asaltando la espalda de su enorme rival. La sangre brotó y el sonido del cuerpo que cayó sorprendió al líder que luchaba contra una increíble cantidad de hombres que lo rodeaban muertos de miedo. Kuririn estaba entre ellos e intentaba entrar

en batalla, mas el miedo por los compañeros heridos que yacían al lado del señor no le permitían encontrar fuerza en su espíritu. Elisandro dio cuenta de esto y miro con algo de decepción a su antiguo amigo. Se despreocupó y corrió hacia la diosa que estaba siendo atendida por Telémacro. De pronto, entre la multitud salió Túcides con un león a su diestra. Se abrió paso con su armadura de bronce, su casco tremulante dorado completo. El león de su aspis negra brillaba al centro. Observando de lejos alcanzó a recuperar sus cosas, dejo la sorpresa de lado y con gran astucia se vistió de armas para dar caza al líder.
– ¡Oh, gran Túcides, has decidido darme guerra! – le dijo el hombre alzando sus puños.
– Después de dos años. Al fin me desprendo de mi padre y con orgullo comprendo que los días de diferencias se acaban aquí. A mis hermanos nos diste seguridad y verdadero entrenamiento. No perdonaré que a grandes guerreros los dejes morir por ser campesinos.
– Pero mi gran señor. Si llegase aquí lo pútrido a mezclarse entre manzanas de oro, como son ustedes mis soldados…–
– La sangre no importa. Ya he aguantado suficiente. No soportaré que Gramicles, compañero de armas, perezca aquí sin nombre alguno. Los llevaré de vuelta y mi familia sabrá que defendí a un hermano, puesto que todos somos iguales –
– Me sorprende que pienses así. Justo ahora se aparece la oportunidad de reivindicarte. No lo hiciste antes por el miedo. En mi soledad– El león acaba con brusquedad el diálogo y desprende el terror del líder.

– Es raro que a los animales temas y no a los dioses – Irónico se acerca Túcides a su enemigo.
– En los animales no existen las distracciones, el hambre y la irracionalidad son más fuertes que las ingeniosas conversaciones de los dioses. Yo podría matar al león, pero me veo en desventaja. – el rugido hace retroceder al hombre que se arrastra por el suelo sin dejar de mirar al león. De repente, se alza a gran velocidad y hace sonar unos trastos a la distancia. El león se distrajo y el sujeto lo levanta con gran presteza, lo lanza y este se transforma en gato. Túcides se acerca a gran velocidad e intenta darle con la lanza, mas el sujeto es rápido y puede escapar de las garras del hombre con talante de león. La respuesta fue rápida y el casco de Túcides recibe el golpe funesto del enemigo y con suerte resiste el embiste. Con gran prontitud comienza la batalla entre el hombre de los puños y Elisandro, quien se mueve con gran agilidad rodeando al sujeto. Kuririn pasa entre las piernas abiertas del sujeto permitiendo que este caiga con gran estruendo en el suelo. La nariz sangra en las piedras. Un golpe deja en el suelo a Kuririn y Elisandro ataca con furia el cuerpo delgado del sujeto. Lo eleva con la lanza y caen los guantes de hierro. Túcides salta sobre el cuerpo del hombre agonizante y corta la garganta de este. El frío viento se adueña del lugar. Los rostros de los soldados se ven algo afligidos, han roto una tradición histórica, han callado a la voz de

mando, una especie de revolución comenzaba en las alturas. Túcides y Elisandro cruzaron miradas y sonrieron con horrenda mueca.